

Flor visita a Teo en el improvisado salón de clase. Es una muchacha bella, de tez morena y ojos de negro escarabajo; está aprendiendo a ser hembra, aún es sólo mujer.

TEO.- ¿Qué tal?

FLOR.- Maestro, soy hermana de José, su alumno.

TEO.- ¿Eres hija de María Ventolera?

FLOR.- Sí.

TEO.- ¿Cómo te llamas?

FLOR.- Flor.

TEO.- [Solícito.] ¿Qué se te ofrece?

FLOR.- Yo no sé l'er y José ya va aprendiendo.

TEO.- [Mostrando gran interés.] Ven a la escuela.

FLOR.- Mi madre no me deja.

TEO.- A ella no le gusta la escuela, ¿verdad?

FLOR.- [Tímida.] No, es que ella dice que usted no es bombero.

TEO.- ¿Bombero? Soy maestro.

FLOR.- [Casi coqueta.] Eso es lo que ella dice, pero yo quiero saber l'er.

TEO.- ¿Para qué quieres saber leer?

FLOR.- Porque quiero irme del pueblo. Solamente conozco San Martín de Arriba y no he ido ni tan siquiera a Guadalajara. Usted conoce muchos lugares, ¿no es cierto? [Se acerca al maestro.]

TEO.- No tantos como yo quisiera. [Entrando en el juego.]

FLOR.- ¿Qué le queda por conocer, si ya conoce grandes ciudades?

TEO.- Me gustan los pueblos pequeños.

FLOR.- Así como San Martín.

TEO.- [Insinuante.] Exactamente como San Martín.

FLOR.- ¿Y para qué?

TEO.- Para conocer muchachas bonitas.

FLOR.- [Perdiendo casi el aliento.] ¿Cómo la Lupita y la Eduviges?

TEO.- ¡Como tú!

FLOR.- ¡Ay, qué maestrillo tan piropeador! ¡Bien dice mi madre que usted no es bombero!

TEO.- ¿Por qué lo dice?

FLOR.- ¡Porque le gusta jugar con fuego!

TEO.- ¿Quieres que juguemos con fuego? Te he estado observando por casi un mes.

FLOR.- ¿También usted? Pos por eso mi hermano no ha aprendido a leer.

TEO.- Yo te puedo enseñar muchas cosas.

FLOR.- Pero una es bruta y no sabe aprender.

TEO.- Tú no necesitas maestro.

FLOR.- [Ríe a carcajadas.] ¡No, necesito bombero, ja, ja!

Corre y mutis. Oscuro.

Escena VI

Teo está en la escuela. Bebe aguardiente en soledad.

TEO.- ¡Adelante, Pedro! Llegas a buena hora. ¿Una copita? ¡Es una vergüenza, tantas veces que hemos platicado y hasta ahora abrimos una botella juntos! Me parece que me estás regenerando.

DON PEDRO.- Ni cociendo de nuevo tu barro, Teo.

TEO.- ¡Vamos a brindar por eso! [Beben.] ¡Cuando me muera, morena, hazte de mi tierra un jarro, si a los labios se te pega, son los besos de tu charro! [Ve a Don Pedro.] ¿Por qué tan triste?

DON PEDRO.- [Amistoso.] Es la primera copa, deja que entre en calor como tú.

TEO.- ¡Hoy estoy muy contento! La Flor me dijo que sí.

DON PEDRO.- Que sí, ¿qué? [Bebe.]

TEO.- [Pícaro.] ¡Que sí... lo que quiera!

DON PEDRO.- [Condescendiente.] ¡Ah, qué bueno!

TEO.- ¡No te sonrojes! Que no he sido el primero ■ a quien le dijo que sí.

DON PEDRO.- [Desabrido.] Flor es bonita [Bebe.]

TEO.- Flor es lo mejor de este pueblo, ¡bueno!, después de San Martín, digo. [Bebe.]

DON PEDRO.- Deja en paz a San Martín Caballero.

TEO.- Eso quisiera, pero entre más lo quiero olvidar, más está en mi mente. ¡Es un verdadero símbolo de los valores de este pueblo! Es casi un código de vida. Mientras exista nada cambiará.

DON PEDRO.- Todos requerimos de símbolos para vivir, también tú los tienes.

TEO.- ¡Pero este pueblo necesita un símbolo nuevo! [Bebe.]

DON PEDRO.- ¡De acuerdo! El mismo Obispo quiso cambiar a San Martín Caballero por San Martín de Tours; pero al querer llevarse la imagen, el pueblo se amotinó,

subió al altar y volvió a colocar a su San Martín con todo y caballo; y al otro San Martín lo subieron a la torre y lo arrojaron al vacío. El sacerdote de ese entonces tuvo que huir, y no volvió a haber culto hasta que yo llegué [Beben.]

TEO.- ¡Ah, qué pueblecito! Yo no sabía esa historia, pero confirma mi hipótesis. ¡San Martín tiene que ser destruido! [Bebe.]

DON PEDRO.- ¡Eres un iconoclasta!

TEO.- ¿Qué es eso?

DON PEDRO.- El que destruye imágenes sagradas.

TEO.- ¡Vamos a brindar por eso! ¡Por nosotros, los iconoclastas!

DON PEDRO.- ¿Y yo, por qué?

TEO.- ¡Porque tú quieres destruir mis imágenes! Hagamos un trato de caballeros, vamos a retirar de la circulación nuestras imágenes y vamos a ver qué sucede.

DON PEDRO.- ¡Eso no puede ser!

TEO.- ¿Por qué no? Tu iglesia no quiere a San Martín, ¡destruyámoslo!

DON PEDRO.- ¡Nos costaría la vida!

TEO.- ¡Un accidente! Quizás un incendio. El santo refulge con tantos cirios, que se puede convertir en una antorcha en cualquier momento. Al final sólo permanecerá el espíritu de San Martín; las ideas evolucionan, las cosas no.

DON PEDRO.- Si yo destruyo a San Martín, ¿tú qué destruyes?

TEO.- Los dos somos responsables, hoy por hoy, de este pueblo; te prometo colaborar a desarrollarlo sin... usar colores.

DON PEDRO.- No sé.

TEO.- ¿Qué prefieres? ¿Echarle leña al fuego o dejar que se apague para siempre la flama de este pueblo? Ya casi es un cerillo [ha prendido un cigarro para fumar], ya no dura mucho, pero un fósforo puede crear una hoguera. ¿Aceptas?

DON PEDRO.- [Duda un poco.] ¡Aceptado! [Se pone de pie con decisión.] ¡Lo hago con la esperanza que de este fuego renazca la fe para todos ■, y también para mí!

María Ventolera entra estrepitosamente; lleva a empujones a Flor.

MARÍA VENTOLERA.- ¡Don Pedro, lo busqué por todo el pueblo! ¡Esta muchacha trae el diablo metido!

DON PEDRO.- ¿Qué le pasa?

MARÍA VENTOLERA.- ¡Que este maestrito la ha estado queriendo engatuzar!

TEO.- ¿Yo?

MARÍA VENTOLERA.- ¡A Flor y a todos, y hasta usted, Don Pedro! ¡Mírese! ¡Bebiendo a la mitad de la tarde, como si fuera un borracho de pueblo!

DON PEDRO.- [Se molesta.] ¡No exageres!

MARÍA VENTOLERA.- ¡No exagero! ¡Descubrí que María me echaba mentiras, me decía que iba a verlos a usted a la iglesia, y se iba al río con él [Señala a Teo.] Van tras veces que me dice que ha hablado con usted y no es cierto, ¿verdad?

DON PEDRO.- Flor es libre de hacer lo que quiera.

MARÍA VENTOLERA.- ¡Yo aún soy su madre! ¡Y no volverá Teo a hablar ni a ver a Flor hasta que no lo haga como Dios manda! [A Don Pedro.] ¡Y usted debiera de ayudarme y no ponerse del lado del diablo!

FLOR.- ¡Usted no se casó para traerme al mundo!

MARÍA VENTOLERA.- ¡Tu padre sí me quería para esposa, pero me lo mataron antes! ¡Tú te vas a casar señorita! ¡San Martín me lo tiene prometido! [Salen madre e hija.] ¡Vámonos que aquí el aire parece muy resollado!

DON PEDRO.- ¿Tú citaste a Flor en el río?

TEO.- Sí, pero hoy se me olvidó por estar platicando aquí contigo.

DON PEDRO.- ¿Crees que oyó María de lo que hablábamos?

TEO.- [Con temor.] Espero que no.

DON PEDRO.- ¡Si oyó algo, ya tenemos ventolera para rato!

Oscuro escénico.

Escena VII

Teo se acerca al proscenio y se dirige al público.

TEO.- ¡A poco no les cae bien el curita! A veces es un poco escurridizo, como si algo escondiera; pero en el fondo, es a todo dar. Hay algo que le hierve en el alma y que no lo ha querido decir. ¡Para mí que eso de la sotana le estorba! Hemos planeado todo perfectamente. El incendio va a ser esta noche. Pedro quedó de rociar de gasolina el altar y, sobre todo, al santo, y de colocar varias veladoras encendidas envueltas en papel... Después de cerrar la gran puerta de la iglesia, Pedro debe haber caminado con paso lento hasta su casa, saludando como acostumbra a cada uno de los del pueblo. Estudiamos mucho para que el incendio no se propague por toda la iglesia. La ventaja es que el edificio es de piedra y la capilla en que está el Santo no tiene madera.

[Ve el reloj.] Son las doce. No podré dormir hasta que los gritos me señalen que el incendio ha comenzado. Hemos planeado simular que prestamos ayuda para extinguir el fuego, y así evitar que las llamas mueran prematuramente, [Se escuchan gritos y ruido de pasos apresurados; todo el pueblo se aglomera al frente de la iglesia.] ¡Parece que el fogonazo me reclama!

Mutis y oscuro. Escuchamos la letanía de lamentos del pueblo en medio del chisporrotear de llamas... ¡Apaguen el fuego! ¡Más agua! ¡Cuidado con esos niños! ¡Se nos quema la iglesia! ¡Rápido con las cubetas! etc.

Escena VIII

La luz ilumina a María y a Flor, que lloran desconsoladas en compañía de Don Pedro; están despeinadas y sudorosas, sus caras y manos están llenas de tizne.

MARÍA VENTOLERA.- [Con desesperación.] ¡No quedó nada de San Martincito! ¡Ni las cenecitas!

FLOR.- ¡Ni la espada, ni la pistola! ¡Solamente unos carboncitos de donde mi madre recuperó el fuego!

MARÍA VENTOLERA.- ¡El fuego de San Martín, sólo eso nos quedó!

FLOR.- ¡Qué desgracia tan terrible!

MARÍA VENTOLERA.- ¡Qué pecado habremos cometido para merecer esto! ¡Dios no manda el fuego así como así, solamente como castigo pudo quitarnos a nuestro santito! ¡Alguien del pueblo es el culpable!

DON PEDRO.- ¡Calma, mujeres! San Martín sigue existiendo, solamente hemos perdido su imagen. Él sigue siendo su santo protector.

MARÍA VENTOLERA.- ¡Pero nunca será lo mismo! ¡Tan altote y tan bien plantado! ¡Y tan milagroso! ¡A todos los del pueblo nos hizo milagros! A mí me salvó la vida, la Flor venía mal, venía sentada la muy floja. Yo no quise ir a la ciudad a ver al doctor. Doña Clotilde me llevó una de las sandalias de San Martín, y yo me la puse sobre el vientre por dos días hasta que nació esta floja.

FLOR.- A mí nunca me hizo un milagro.

MARÍA VENTOLERA.- ¡Ya me imagino qué le pedirías!

FLOR.- [Sonrojada.] ¡Ay, madre, eso no se pide!

MARÍA VENTOLERA.- Dios no hace caprichos, pero San Martincito sí. A mí me iba a hacer el milagro de que te casaras de blanco [mirando al cura], pero ya sin él, una nunca sabe. Don Pedro, tiene que hablar con esta muchacha.

DON PEDRO.- Cuando ella quiera [Flor calla.] Váyanse a su casa a descansar.

MARÍA VENTOLERA.- Tiene que hablar con los del pueblo. Diga algo en la misa de mañana. Estamos todos tan asustados. Todos tienen miedo y se quieren ir a vivir a San Martín de Arriba; ahí el Santo no es tan milagroso, ¡pero aquí va a suceder algo terrible!

FLOR.- ¡Don Teódulo y su mujer ya están desmantelando su jacal, y se van con todo y los cuatitos!

MARÍA VENTOLERA.- ¡San Martín curó a Don Teódulo de piedras en el hígado! ¡Y mi comadre Carmela dice que se va a vivir a la ciudad, porque allá hay muchos santos patronos! ¡Ayúdenos, Don Pedro, ahora lo necesitamos más que antes!

DON PEDRO.- Si te calmas y ayudas a calmar al pueblo, yo te prometo que hablaré mañana domingo. Invocaré a San Martín, allá arriba. [Señala el cielo, a las mujeres no les gusta.] Bueno, invocaré al San Martín de más arriba.

MARÍA VENTOLERA.- ¿Cree que nos oirá?

DON PEDRO.- ¡Creo que ya nos ha oído!

Mutis de las mujeres. Don Pedro sale de escena y regresa inmediatamente.

Escena IX

Don Pedro visita a Teo en su casa, carga un gran bulto envuelto en colchas, parece pesar mucho.

TEO.- [Muy entusiasmado.] ¡Salió perfecto! ¿Qué traes ahí? [Lo abre y aparece San Martín.]

DON PEDRO.- ¡A San Martín!

TEO.- [Con gran sorpresa.] ¡No lo quemaste?

DON PEDRO.- ¿Qué tal si yo quemo a San Martín y tú no cumples tu palabra? ¿O pudiéramos los dos estar equivocados y arruinar la fe del pueblo?

TEO.- [Ríe a carcajadas.] ¡Ah, curita mañoso! Me has dado una lección de estrategia.

DON PEDRO.- Tú cuidarás a San Martín hasta ver qué hacemos con él. En la iglesia me lo descubrirían.

TEO.- ¿No tienes miedo que yo lo destruya?

DON PEDRO.- [Bromista.] ¡Anímate y te costará la vida, Teo!

Oscuro.

Escena X

Teo escribe en su diario y repite en voz alta. Está sentado frente a una mesa cubierta por libros en desorden. Las sandalias de San Martín y la espada están sobre los libros.

TEO.- ¡Así es como yo, que no creo en santos, vivo con uno! Ahora ya nadie me puede visitar, ni Flor. Lo tengo bien escondido pero me da miedo; hasta tapé todas las rendijas para que no me fisgoneraran los del pueblo. Pero aún bajo tantas cobijas y cajas, siento que San Martín me mira. Sus ojos son de marfil y ónix. La escultura parece fina, bajo todo el disfraz y la sacramentalia, hay un estofado que parece original. Las sandalias y la espada son de plata y tienen varios sellos. Creo que es una pieza de museo; pero por ahora cohabita conmigo. Voy a investigar el significado de los sellos.

Toma los objetos de plata y los estudia detenidamente. Sorpresivamente entra Flor; Teo esconde las sandalias y la espada bajo los libros.

FLOR.- [Agitada.] ¡Teo, te he estado esperando!

TEO.- He estado muy ocupado aquí en la escuela.

FLOR.- Había decidido no venir a verte, ¡pero no aguanto más! Te esperé varios días.

TEO.- ¿Por qué vienes tan noche?

FLOR.- [Cálida.] Quería verte, esperé a que se durmiera mi madre, y me escapé. Fui a tu jacal y no estabas, y pensé que estabas en la escuela.

TEO.- ¿Qué te pasa?

FLOR.- Me confesé con Don Pedro.

TEO.- ¿Le contaste de nosotros?

FLOR.- ¡Todo, y me mandó que nos cásemos!

TEO.- En la iglesia y de blanco, me imagino.

FLOR.- [Molesta.] Ni modo que de pintito.

TEO.- [Sincero.] Yo no sirvo para eso.

FLOR.- [Con reproche.] ¡Pero un día te vas a casar con tu novia de la ciudad!

TEO.- ¡Yo no tengo novia!

FLOR.- Todo el pueblo vio la foto en tu cuarto cuando llegaste. ¡Te has estado burlando de mí!

TEO.- ¡No te enojas, tú y yo no podemos casarnos! Yo no podría vivir aquí siempre.

FLOR.- [Impetuosa.] ¡Yo tampoco! ¡Vámonos del pueblo, va a acabar mal! Desde la quema de San Martín, todo anda mal. No ha llovido, los animales están asustadizos. A la Gertrudis le nació un niño sin boca. ¡Vámonos lejos! Mi madre y las viejas le rezan al fuego; en todos los jacales hay veladoras con el fuego salvado del incendio. Dicen que es el espíritu de San Martín. Don Pedro no sabe nada. ¡Me da miedo! Mi madre le habla al fuego por horas y dice que San Martín le contesta quedito, y que hasta la llama se mueve con la voz del Santo. ¡Y que todo lo que dice es que este pueblo se acabó en castigo por nuestros pecados! ¡Vámonos, Teo, aunque no nos cásemos! [Llora y lo abraza.]

TEO.- [Sincero.] Pídeme lo que quieras, pero yo tengo que quedarme, aquí está mi escuela. [Flor lo intenta besar, pero Teo no le responde.] Si te quieres ir del pueblo, te puedo conseguir trabajo en la ciudad.

FLOR.- [Se separa con violencia.] ¡Ya te quieres deshacer de mí! ¡Pero no va a ser tan fácil! ¡Maldito! [Teo la quiere sujetar.] ¡Anda, pégame! ¡Nada más eso te falta para ser igual a los de San Martín! [Teo la quiere abrazar y besar, pero Flor lucha por separarse; en el forcejeo han tirado algunos libros, y la espada y las espuelas del santo quedan al descubierto.] ¡Las espuelas y la espada de San Martín! ¡Tú lo quemaste!

TEO.- ¡No, yo no, déjame explicarte!

FLOR.- ¡Déjame! ¡Eres un demonio! ¡Tú lo quemaste! ¡Y lo robaste! [Se zafa y huye.]

TEO.- ¡Flor, espera, todo se puede arreglar! [Eleva el volumen e su voz para que Flor en su carrera lo escuche.] ¡Hasta a lo mejor termino casándome contigo!

Flor no lo ha escuchado y hace mutis. Oscuro escénico.

Escena XI

Flor regresa a su jacal y despierta a María Ventolera con llantos y gritos.

FLOR.- ¡Madre! ¡Fue él!

MARÍA VENTOLERA.- ¿Qué te pasa?

FLOR.- ¡Teo quemó a San Martín!

MARÍA VENTOLERA.- ¡No sabes lo que dices, muchacha! ¿Qué te hizo ese maestro desgraciado?

FLOR.- [Sorprendida.] ¡A mí, nada!

MARÍA VENTOLERA.- [Con gran fuerza.] ¡No me mientas! ¡Te acostaste con él!

FLOR.- ¡No! ¡Él tiene las sandalias y la espada de San Martín!

MARÍA VENTOLERA.- ¡Pero él te quiere!, ¿no?

FLOR.- ¡Nunca me ha querido, es el vivo demonio!

MARÍA VENTOLERA.- [Con gran odio.] ¡De modo que él convirtió en ceniza a nuestro Santo y ahora va a querer quitarnos hasta a Dios! ¡Ya no llores, hija, que en este pueblo hay muchos hombres y mujeres que saben defender nuestras creencias! ¡Nos vengaremos de ese hombre; pero me juras que no tuviste nada que ver con él!

FLOR.- [Mintiendo.] ¡Lo juro por Dios!

MARÍA VENTOLERA.- ¡La ira de Dios caerá sobre él! ¡Todo el pueblo lo sabrá! ¡No en balde me llaman María Ventolera!

Oscuro.

Escena XII

Aparece el actor que personificó a Teo, viste diferente, desde que entra a escena sabemos que es otra persona; sus facciones son las mismas, pero estamos frente a otra alma. Lleva en las manos el diario de Teodoro.

VÍCTOR.- Yo no soy el maestro Teo. Soy el maestro que lo sustituyó cuando Teo murió en el incendio del cuartucho en donde vivía. Cuando llegué pensé que en este pueblo había un piromaniaco, pero después descubrí el diario de Teodoro en el escritorio de la escuela. [Lo muestra.] Lo leí con gran interés. Nunca conocí físicamente a Teodoro, pero he podido reconstruir su sentir. ¡Era un gran muchacho! ¡Quería cambiar el mundo a su manera!

¿Podrá cambiarse el mundo de alguna manera? Yo pretendo ser dramaturgo, y utilizando este diario escribí esta obra de Teatro. En el pueblo me sobra mucho tiempo. Ahora solamente me falta escribir la última escena, la única que no viene en el diario. En unos minutos más vendrá Don Pedro, el cura, en su primera visita oficial. No sé si sospecha que conozco los secretos de esta historia. Yo estoy convencido, que el pueblo quemó a Teodoro mientras dormía y, que sin saberlo también incineró a su venerado San Martín; pero ¿quién va a juzgar a todo un pueblo por este crimen?

DON PEDRO.- [Entrando.] Buenos días, Víctor.

VÍCTOR.- Mucho gusto. Le agradezco su visita.

DON PEDRO.- Lo hago con todos ■ los forasteros.

VÍCTOR.- ¿Lo hizo con Teodoro? [Pregunta a pesar de que conoce la respuesta.]

DON PEDRO.- [Muy controlado.] Sí, claro.

VÍCTOR.- Espero que mi historia tenga un final feliz, no como la de Teodoro.

DON PEDRO.- Fue un accidente terrible.

VÍCTOR.- Es extraña la coincidencia con el incendio de la iglesia. ¿No sería premeditado? [Víctor es un ser cerebral, su emoción está siempre controlada.]

DON PEDRO.- No, Dios crea el fuego y la casualidad crea el incendio.

VÍCTOR. ¿Fue usted amigo de Teodoro?

DON PEDRO.- Como lo pienso ser de usted.

VÍCTOR.- Yo no estoy tan seguro que quiera ser su amigo.

DON PEDRO.- ¡Otro maestro polvorilla!

VÍCTOR.- Yo no sé quién es usted, ni quién era Teodoro, pero de este pueblo no puede salir un fuego fatuo.

DON PEDRO.- ¿Qué pretende decir?

VÍCTOR.- ¡No se mata impunemente!

DON PEDRO.- [Controlado.] Nadie lo mató.

VÍCTOR.- ¿Usted no?

DON PEDRO.- [Con ira.] ¿Cómo se atreve? ¡Yo no soy un asesino!

VÍCTOR.- ¡Pues yo sí lo soy!

DON PEDRO.- [Sorprendido.] ¿Por qué?

VÍCTOR.- ¡Por que yo también he callado!

DON PEDRO.- [Queriendo controlarse.] ¿Qué quiere decir con eso?

VÍCTOR.- [Con gran sinceridad.] Yo soy un escritor con mil poesías y ningún libro. Cuando llegué pensé que no me iba a involucrar en los destinos del pueblo, pero

ahora me siento tan metido en sus problemas que ya no pienso en los míos. El día que llegué me encontré el diario de Teodoro en la escuela. ¡Sé toda la verdad!

Víctor le muestra el diario a Don Pedro.

DON PEDRO.- [Muy sorprendido.] ¡No vaya a...! [Corta la frase.]

VÍCTOR.- No se preocupe, tampoco diré nada, así es que somos cómplices.

DON PEDRO.- [Recuperándose.] Pero, ¿por qué va a guardar sigilo?

VÍCTOR.- No lo sé, quizás porque esta historia no tiene sentido.

DON PEDRO.- [Con desesperación.] ¡Debe de tener un sentido!

VÍCTOR.- ¿Ya lo encontró?

DON PEDRO.- ¡He buscado, y no encuentro explicación! [Con gran fuerza.] ¡Vivo en un pueblo de asesinos y nadie siente la culpa! ¡Solamente yo que no lo maté!

VÍCTOR.- ¿Por qué ha callado la verdad?

DON PEDRO.- ¿Qué ganaba con decirla?

VÍCTOR.- Ganaba la verdad.

DON PEDRO.- ¿Y cuál es la verdad?

VÍCTOR.- La pequeña fe del cerillo.

DON PEDRO.- ¿También escribió eso? Usted es una persona extraña, no parece maestro rural.

VÍCTOR.- Soy un escritor fracasado, un fuego... muerto.

DON PEDRO.- ¿Quiere saber por qué callé la verdad? ¿Pero me promete después guardar un sigilo sacramental y quemar ese diario?

VÍCTOR.- En estos días comencé una pequeña obra de teatro sobre Teodoro.

DON PEDRO.- Nadie cree en el Teatro, me refiero a guardar el secreto a la prensa y a la policía.

VÍCTOR.- Prometido.

DON PEDRO.- ¡Teo nunca supo que vine aquí porque estaba considerando renunciar al sacerdocio! Era un período de prueba.

VÍCTOR.- [Señala el diario.] Sí lo supo.

DON PEDRO.- [Casi llora.] ¡Ah, qué Teo tan perspicaz! Cuando él llegó. Yo ya había decidido volver al estado secular; pero hubo un cambio en mí. Teo estaba incandescente por dentro, tenía alma de incendiario, y me contagió. Cuando supe de su muerte y vi cómo sus cenizas volaron por todo pueblo, porque en esa noche hubo ventarrón, ¡juré que los dos íbamos a seguir colaborando a ponerle fuego al mundo! ¿Me comprende ahora? Si la verdad llega a saberse, todo se habrá perdido. Yo no podría seguir siendo sacerdote, nadie comprendería lo que aquí pasó. [Pausa.] ¿Cree usted en Dios?

VÍCTOR.- [Remedando.] ¡Ah, qué padrecito, ya comenzó su labor evangelizadora!

DON PEDRO.- ¿Lo dice también en el diario?

VÍCTOR.- También. [Don Pedro le quita el diario.]

DON PEDRO.- ¡Hay que quemarlo, no tiene salvación! [Comienza a deshojarlo y a quemar hoja por hoja, iniciando el fuego con un cerillo.] ¡Teo murió quemado como San Lorenzo, pero me devolvió una llamita de esperanza!

Víctor ayuda a quemar hojas. Los diálogos siguientes los hacen hipnotizados por la luz y el calor del fuego.

VÍCTOR.- ¿Le gusta la mitología griega?

DON PEDRO.- No.

VÍCTOR.- A mí mucho. Prometeo se robó el fuego de los cielos para dárselo a los hombres y fue castigado; pero el fuego era tan valioso que los dioses quisieron equilibrar ese gran bien con muchos males, y mandaron la caja de Pandora llena de

desgracias. Esa caja trajo las desventuras al mundo. [Siguen quemando hojas.] Pero al fondo de la caja, venía la esperanza para hacer soportables todos los males.

Solamente les resta quemar una hoja. Don Pedro mira de frente a Víctor, están muy emocionados. Levanta la hoja como en ceremonia litúrgica y la enciende.

DON PEDRO.- ¿Qué coincidencia que Teo sea diminutivo también de Prometeo? Tuvimos su fuego, y tenemos su esperanza.

Ambos personajes miran como la última hoja se convierte en cenizas y humo, hasta que la llama se extingue. Se hace la obscuridad. Fin del Acto Único.